

Teoría King Kong. Ni teoría, ni feminista

King Kong Theory. Neither theory, nor feminist

Teresa Lozano Lázaro
Zúa Méndez Vergara
Towanda Rebels
towandarebels@gmail.com

Recibido: noviembre de 2022

Aceptado: diciembre de 2022

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.6.25939

RESUMEN

Virginie Despentes en *Teoría King Kong*, su obra más famosa, seduce desde el manifiesto inicial hasta desarrollar un relato crudo sobre su propia vida, marcada por una violación en su juventud. Más allá de las cifras comerciales —dieciséis años después, continúa agotando ediciones— nuestro objetivo es analizar no solo el contenido de la obra desde una perspectiva feminista sino las razones del sistema para publicitar con insistencia el texto como “uno de los grandes libros de referencia del feminismo” y para presentar como teoría lo que es simplemente un relato autobiográfico. A través de un análisis exhaustivo del texto, tomando como principal herramienta conceptual la teoría feminista radical del sistema sexo-género, la cultura de la violación y la mercantilización y control del cuerpo de las mujeres en el sistema patriarcal, observaremos cómo la autora romantiza e incluso hace apología de las industrias de la explotación sexual: la pornografía y la prostitución.

Palabras clave: teoría feminista, cultura de la violación, pornografía, prostitución, abolicionismo, sexualidad femenina, patriarcado, capitalismo.

ABSTRACT

Virginie Despentes in *King Kong Theory*, her most famous work, seduces the reader from the beginning manifesto through a crude story about her own life, troubled by a rape happened during her youth. Leaving aside the commercial success of the book —sixteen years after its publication, new editions still run out— our goal is to analyze from a feminist perspective not only the content of the work, but also the reasoning behind of a system that keeps advertising the text as “one of the most important books of feminism”, as well as the conflict that appears when considering an autobiographical story as theory itself. Through an exhaustive analysis of the text, led by the conceptual frame provided by radical feminist theory and, therefore, its main concepts of the system sex-gender, rape culture and commodification and control of women’s bodies in the patriarchal system, we will point out how the author romanticizes and even defends those industries related to sexual exploitation: pornography and prostitution.

Keywords: feminist theory, rape culture, pornography, prostitution, abolitionism, female sexuality, patriarchy, capitalism.

Referencia

Lozano Lázaro, T. y Méndez Vergara, Z. (2023). Teoría King Kong. Ni teoría, ni feminista. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 6, 177-192. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.6.25939

¿UN LIBRO SOBRE FEMINISMO?

Irreverente, transgresora, valiente, incómoda... Son los adjetivos que aparecen en los *blurbs* que utiliza la editorial Penguin Random House para ensalzar la figura de la escritora y seducir al lector ante la perspectiva rupturista que, aparentemente, propone con su obra. Asimismo, leemos en la contracubierta del libro que “Teoría King Kong es uno de los grandes libros de referencia del feminismo (...) para contribuir al derrumbe de los cimientos patriarcales de la sociedad actual”. Este tipo de descripciones las encontramos también en numerosas páginas en Internet y en los reclamos publicitarios de las librerías, tanto online como físicas, que lo ofertan, además, en un lugar privilegiado de su catálogo y de sus escaparates. *Teoría King Kong* es uno de los más recomendados en las listas sobre “libros feministas imprescindibles” o libros “para iniciarse en el feminismo”. Medios tan dispares como *Marie Claire* (2022) o *El País* (2018) lo recomiendan en internet y cada año nos encontramos con nuevas listas entre las que este título aparece, a menudo también clasificado como clásico del pensamiento feminista. Por todo esto, creemos que no erramos al afirmar que cualquier persona que compra *Teoría King Kong* espera leer un libro sobre teoría feminista.

PERO ¿ESTAMOS ANTE UNA TEORÍA?

Teoría, según el DRAE, es una “hipótesis cuyas consecuencias se aplican a toda una ciencia o a parte muy importante de ella”. ¿Encontramos entonces en esta obra alguna hipótesis para explicar analíticamente las problemáticas sociales de las que habla? ¿Violación, prostitución, pornografía o género? Nada más lejos de la realidad. Si analizamos el contenido y la propia estructura del libro, nos encontraremos más cerca de una obra de no ficción, escrita en primera persona, en la que Despentés utiliza algunos episodios de su vida para desarrollar un relato apasionado, en momentos poético y cautivador, donde vierte sus opiniones y reflexiones subjetivas. No se trata de la primera autora en hacerlo, ni argumentamos que la falta de teoría invalide el libro o las propias experiencias y reflexiones de la autora. Lo que queremos es subrayar que es en el propio título donde reside una de las principales problemáticas sobre la obra: *Teoría King Kong* se vende y se sigue recomendando como un libro de teoría feminista.

Aunque sea una obviedad, debemos recordar que no todo lo que dice (o escribe) una mujer es feminista. De hecho, ni siquiera la condición de víctimas de la violencia machista nos hace especialistas en la materia. Si bien el testimonio de una persona

puede ser valioso, no es suficiente para explicar y politizar, que al fin y al cabo es analizar desde un determinado marco teórico una problemática para señalar sus causas y plantear soluciones. En cualquier caso, el objeto de este artículo es analizar qué ideas propone Despentés y qué referentes sustentan su argumentación para poder afirmar —o negar— que el discurso que nos presenta la autora es, en efecto, un discurso feminista.

El feminismo es una teoría filosófica, política y social con unos conceptos claros que sirven como herramienta de análisis de la realidad, el contrato social y las relaciones de poder que se han establecido históricamente entre hombres y mujeres. Tal y como plantea Amelia Valcárcel (2020, p. 27), el feminismo consiste en cuatro cosas:

Una teoría que señala lo que es relevante y cómo ha de ser interpretado el mundo. Dos, una agenda que indica qué hay que hacer. Tres, un movimiento, esto es, una serie de gente que se compromete con la agenda para llevarla adelante. Cuatro, “una serie de acciones” para hacerlo posible.

La articulación de la lucha feminista se ha hecho sobre el sujeto político, *nosotras, las mujeres* y es un movimiento colectivo e internacionalista. Por ello, las primeras páginas de *Teoría King Kong* resuenan con fuerza en cualquier lectora que busque ávidamente relatos para ese sujeto *nosotras*, invisibilizado y silenciado por la tradición literaria. Ese comienzo nos seduce, nos cautiva, porque además lo percibimos rebelde, rupturista con los cánones culturales impuestos sobre cómo debemos ser las mujeres. Despentés critica el mandato patriarcal de la belleza y la juventud, pretende acabar con la pesada losa de tener que agradar y complacer a todos, y apela a la sexualidad femenina, poniendo sobre la mesa su maltrato histórico.

Sin embargo, en dos frases nos presenta otro receptor de su mensaje: los hombres (Despentés, 2018, p. 15). No podemos saber cuáles son los motivos de la autora para incluir de manera abrupta a los varones en un comienzo que pretendía apelar a las mujeres (en concreto a las mujeres que nunca son escuchadas, retratadas, interpeladas). Despentés, eso sí, dibuja un sujeto *hombres* diferenciando entre el hombre protector, competitivo, ambicioso... arquetípicamente masculino, y otros hombres: aquellos deseosos de sacudirse el género de encima. Estos hombres *diferentes*, afirma Despentés, estarían cansados de performar la idea de protector... como si esa fuera la peor característica de la masculinidad y no fuera, podríamos

objetar, el ejercicio de la violencia para con el mundo y, en específico, contra las mujeres. Y llama la atención porque precisamente la autora nos mostrará más adelante un crisol de experiencias propias relacionadas con la violencia machista. Si tenemos en cuenta el carácter androcéntrico de nuestra cultura, en la que los varones han sido los protagonistas absolutos (y en la mayoría de los casos también los autores) de todos los relatos, es aún más llamativo este interés de Despentés por apelarles, por atraerles, por, de alguna manera, congraciarse con ellos. Cabe preguntarse si la propia autora no está cayendo en el mismo mandato del agrado que critica unas líneas antes y si esta necesidad de agradar a los varones no se da de bruces con la imagen de autora rupturista y transgresora que rodea su figura. Si bien no todos los hombres son violentos, sí son hombres los que violentan a las mujeres. Sin embargo, Despentés no parece ser capaz de identificar —o no está interesada en hacerlo— a victimario alguno. No cuestiona ni señala a los varones violentos, violadores, explotadores de las mujeres. Veremos, de hecho, que la responsabilidad de la violencia pivotará sobre la capacidad de las víctimas de reinterpretar esa violencia, sobrevivir a ella e incluso reconvertirla en un lugar de empoderamiento, de control, de salida económica a través de la pornografía y la prostitución. Este análisis de la violencia, poniendo el foco en las víctimas e invisibilizando a los victimarios, no es feminista, sino que forma parte de la cultura de la violación (Gimeno, 2017).

SOBRE EL GÉNERO: LA CONSTRUCCIÓN DE FEMINIDAD Y MASCULINIDAD

Despentés se presenta a sí misma como una especie de *proscrita* de la feminidad. Porque el género, como indica la teoría feminista¹, no es solo un conjunto de estereotipos (algo que la autora conoce perfectamente y analiza con inteligencia) sino que significa también un destino social diferenciado que conlleva, además, una jerarquía que sitúa a los hombres por encima de las mujeres. Así, argumenta, el papel de las mujeres no es el de las “grandes cosas” sino el de “las cosas pequeñas. Las monadas y continúa: “Pero beber: viril. Tener amigos: viril. Hacer el payaso: viril. Ganar mucha pasta: viril. Tener un coche enorme: viril. Comportarse, no importa cómo: viril” (Despentés, 2018, p. 149). La autora se niega a vivir en el espacio de lo doméstico, a no trascender. Se rebela contra todo lo que, tradicionalmente, se ha

¹ Para clarificar la problemática en torno al uso del término género, recomendamos acudir a Rodríguez Magda y su título *La mujer molesta*. Nosotras utilizaremos el término tal y como ha sido conceptualizado por el feminismo radical (Magda, 2019, p. 38).

asociado a lo femenino (la *feminidad*) porque sabe que se construye de manera artificial con el fin de deshumanizarnos, empequeñecernos, silenciarnos, tutelarnos. Pero, y aquí es donde nos deja perplejas, la autora parece anhelar ser igual a los hombres, ostentar sus mismos privilegios. Despentes admira a los hombres, sus obras, sus ideas, su lugar de poder en la sociedad. Sin embargo, paradójicamente, ella misma ha sido víctima de esta situación de privilegio, ha sufrido algunas de las consecuencias más violentas de la imposición de la socialización masculina, es decir, de la *masculinidad* que, como la feminidad, se construye de manera artificial, pero con el fin de colocar a los hombres por encima de las mujeres a nivel social, principalmente a través de la violencia. Más adelante, cuando hable de su experiencia en la prostitución, se mostrará empática y benévola con los puteros, a los que describirá incluso con ternura (Despentes, 2018, p. 77).

REFERENTES ANTIFEMINISTAS

En varios momentos del libro la autora deja patente que se siente cautivada por el discurso de Camille Paglia. Despentes la aplaude cuando, en una entrevista, cuenta una anécdota personal que merece la pena analizar:

En los años sesenta, en los campus universitarios, se encerraba a las chicas en los dormitorios a las seis de la tarde, mientras que los chicos podían hacer lo que querían. Nosotras preguntamos, ¿por qué esa diferencia de trato? Nos explicaron: porque el mundo es peligroso, corréis el riesgo de ser violadas. Respondimos: Entonces, dadnos el derecho de correr el riesgo de ser violadas. (Despentes, 2018, p. 51)

Un precio que, parecen decirnos ambas, establece ya no una ausencia de libertad, sino todo lo contrario: la afirmación de que somos libres porque podemos elegir, a pesar de que estemos optando entre recluirnos para evitar la violencia o vivir amenazadas por ella. He aquí uno de los ejemplos más claros que demuestran que Paglia no es feminista, ya que el feminismo no pretende que asumamos como inevitable la violencia, sino que da herramientas teóricas para desmontarla y combatirla. Nuestro objetivo no es sobrevivir en este sistema, sino pelear por una sociedad nueva en la que la violencia sea desterrada del contrato social.

Retomando las palabras de Paglia, nos atrevemos a proponer una respuesta feminista a esa norma injusta: “Entonces, como los que violan son hombres,

encerrados a ellos en sus dormitorios a partir de las seis”. Una propuesta *transgresora* con una norma injusta, como expone Alicia Puleo (2011, p. 256) para procurar una solución jamás aplicada en la historia de la humanidad, ya que el derecho al ocio de los hombres siempre ha estado por encima del bienestar físico y la seguridad del sexo femenino. Pero para dar esa respuesta, la Paglia adolescente —y también la propia Despentés— habría tenido que entender primero que el espacio público no era propiedad de los varones; que colocar la responsabilidad en quienes sufren la violencia en lugar de en quienes la ejercen no solo no es feminista, sino que podemos decir abiertamente que es una estrategia patriarcal, porque mantiene y protege los privilegios masculinos. Si compramos la idea de que las mujeres salen de noche *bajo su responsabilidad* estamos normalizando la violencia y protegiendo a los victimarios, quienes no son ni siquiera mencionados. La consigna feminista *No quiero ser valiente, quiero ser libre* resume a la perfección esta idea.

¿QUÉ HACEMOS CON LA VIOLACIÓN?

Despentés formula con claridad la denuncia que muchas de las teóricas feministas hicieron en los 70. Susan Brownmiller (1981, p. 14) afirmaba que “la violación es un proceso consciente de intimidación mediante el cual todos los hombres mantienen a todas las mujeres en situación de miedo”. Andrea Dworkin (1976, p. 32), en la misma línea, exponía que “la violación es una privación al derecho de la mujer de tener control absoluto sobre su cuerpo, (...) un acto de dominación sádica, (...) un acto de colonización”.

El control sexual y reproductivo de las mujeres ha sido históricamente la base por la cual se ha perpetuado la opresión de las mujeres. Convertidas en cuerpo, cosificadas, hemos sido tuteladas, casadas, vendidas, esclavizadas para satisfacer los deseos masculinos que la cultura patriarcal había convertido en derechos bajo la amenaza de que, sin la protección de los hombres, sin someternos a sus leyes, estaríamos expuestas a la violencia.

Nos parece acertada la crítica que plantea Despentés sobre la contradicción hipócrita y perversa de la sociedad patriarcal que, por un lado, condena formalmente la violación como hecho delictivo, pero, por otro, persigue a las mujeres que la sufren, las revictimiza colocando sobre ellas el cuestionamiento constante y la culpa. La autora va más allá rebelándose acertadamente contra una educación y una cultura que nos enseña a temer la violación, pero, al mismo tiempo, no nos muestra cómo defendernos de ella. La única manera de evitarla, según el patriarcado, es ser una

buena mujer. En el fondo, y en eso Despententes vuelve a dar en el clavo, la violación ha sido históricamente una herramienta de coerción y de control para todas las mujeres: para las que la sufrían y para las que no la sufrían, pero vivían atemorizadas por la posibilidad de vivirla. Decía Kate Millet (2018, p. 101) que “la firmeza del patriarcado se asienta también sobre un tipo de violencia de carácter marcadamente sexual que se materializa plenamente en la violación”.

Después de sufrir una violación grupal, Despententes relata la falta de referentes que le ayuden a lidiar con lo que ha ocurrido. Sobre la violación se cierne el silencio, el tabú y, a la vez, un relato de víctimas perfectas en el que no se reconoce. No es hasta leer a Paglia que encuentra un posicionamiento que le resulta liberador: “Por primera vez, alguien valoraba la capacidad de recuperarse de una violación, más que explayarse en la serie de traumas de forma condescendiente. Desvalorización de la violación, de su alcance, de su resonancia” (Despententes, 2018, p. 50). Sin embargo, la autora afirmará más adelante que la violación es central, fundacional (Despententes, 2028, p. 62) en la mujer que es hoy. Escribirá también que la violación es una obsesión a la que vuelve constantemente y que ella relata como el miedo real a morir que experimentó aquella noche, no como el miedo a volver a ser violada. Por eso Paglia le ayuda a situarse en otro lugar: “Propone pensar la violación como un riesgo inevitable, inherente a nuestra condición femenina. Una libertad increíble de desdramatización”. Es decir, si aceptamos la violación como un riesgo inevitable, esta pierde su capacidad de dañarnos. Pero, como señala Mackinnon (1987, p. 10) en este tipo de posicionamientos, “si las mujeres dejaran de resistir la agresión sexual masculina, la confusión del sexo con la agresión resultaría tan epistemológicamente completa que, efectivamente, desaparecería. Ninguna mujer sería violada porque la violación sería sexo”. Como feministas debemos preguntarnos: ¿es este el contrato sexual con el que queremos vivir?

Despententes, además, propone que reinterpretemos esa violencia sexual *inevitable* ya no como violencia sino como espacio de empoderamiento económico, de trabajo: “En mi caso, la prostitución ha sido una etapa crucial de reconstrucción después de la violación. Una empresa de indemnización, billete a billete, de lo que me habían quitado por la fuerza” (Despententes, 2018, p. 84). Despententes no hace justicia a la realidad y banaliza las consecuencias y la repercusión que tiene la violencia en la salud física y mental de las mujeres que la sufren. Mujeres activistas y supervivientes de la violencia sexual, incluida la prostitución, han escrito y teorizado lo suficiente no solo para desmentir esta idea sino para alertar de los peligros que supone. La activista

y divulgadora feminista Amelia Tiganus (2021, p. 157) señala que, si bien el relato patriarcal sobre las víctimas dificulta que muchas se identifiquen como tales porque “parecería que somos culpables de algo”, es necesario reconocerse como tal para buscar justicia y reparación: “si no hay víctima no hay agresores”. En este sentido, Kathleen Barry (1979) ya explicaba, a finales de la década de los setenta, la importancia de resituar el cuestionamiento sobre los victimarios cuando afirmaba que “cuando la violación deja de ser un problema personal y privado de la víctima, el centro de atención cambia de lugar y la responsabilidad de la violencia vuelve a recaer en el atacante”. La propia Despentes afirma que la violencia sexual como rito iniciático² está en muchos de los relatos de las mujeres prostituidas. De hecho, el sistema patriarcal históricamente destinaba a la prostitución a las mujeres violadas. Manchadas, usadas, ya no valían para esposas de un solo hombre y debían ser mujeres públicas, mujeres de todos. Sin embargo, Despentes no busca transformar el sistema patriarcal y eliminar la jerarquía sexual. Al proponer la prostitución y la pornografía como lugar de empoderamiento para las mujeres, comprando la idea de falso control y empoderamiento que propone el discurso proxeneta, acepta las reglas — patriarcales— del juego y mantiene a los victimarios invisibles, con sus privilegios intactos. El feminismo sostiene que la prostitución, como institución que se basa en establecer como derecho el privilegio patriarcal masculino de acceder a los cuerpos de las mujeres, nunca podrá ser un espacio de liberación ni reparación para ninguna de nosotras.

MUJERES PROSTITUIDAS VERSUS CRIATURAS DEL ASFALTO

La autora presenta la prostitución nada menos que como un espacio de libertad, de empoderamiento sexual femenino, de independencia de la *puta*, descrita como una “criatura del asfalto” y hasta de resistencia frente al patriarcado. Despentes le da la razón a la periodista Kajsa Ekis Ekman (2017, pp. 75-76), quien asegura que existe un “culto a la puta”, una admiración que, en realidad, no es más que desprecio desde una perspectiva diferente puesto que sigue sin reconocer la humanidad de las mujeres dentro del comercio sexual. Catherine Mackinnon (1987, pp. 4-5) señalaba que

² “Porque la violación fabrica las mejores putas. Una vez abiertas por la fuerza, guardan a veces a flor de piel algo marchito que excita a los hombres, un toque desesperado y seductor. La violación es a menudo iniciática” (Despentes, 2018, p. 58).

el hecho de que el poder masculino tenga poder significa que los intereses de la sexualidad masculina construyen lo que significa la sexualidad en sí, lo que incluye la forma estándar en que se encuentra permitida y reconocida en cuanto a ser sentida, expresada y experimentada, de una manera que determina las biografías de las mujeres, incluidas sus biografías sexuales.

Despentes presenta una suerte de animal mitológico en esa figura de la *puta libre* e independiente, que recorre la ciudad sin vivir asediada ya por el miedo a la violación, puesto que la violencia, mediante un intercambio de billetes, parece estar justificada y ya no tiene capacidad de destruirla. Leyendo a Despentes reparamos en el hecho de que es a través del rol de puta como la autora dice afirmar y recuperar su sexualidad, desde donde se permite disfrutar del sexo y vivir sin miedo a la violación. Pero, en este sentido cabe preguntarse: ¿Es que acaso no existen las violaciones dentro de la prostitución? Señalar que la prostitución no es sexo, sino violación pagada (puesto que el deseo de los hombres compra el consentimiento de una mujer vulnerable), no significa en ningún caso dejar de reconocer que las mujeres en prostitución sufren agresiones sexuales, ya sea por el uso de la violencia física explícita o porque no se respetan los límites pactados. La crítica abolicionista a la prostitución reside, entre otras cosas, en el hecho de analizar que, en condiciones de desigualdad estructural, el consentimiento de las mujeres prostituidas está viciado de origen y que, además, no hay consentimiento posible que legitime el hecho de ser tratadas como objetos, como mercancía. Los derechos humanos son inalienables, los cuerpos de las mujeres no son una realidad separada de ellas mismas que pueda ser vendida o alquilada. La sexualidad de las mujeres, tal y como apunta Mackinnon, no puede seguir siendo definida en función de lo que los hombres han decidido que es el sexo.

En este sentido, Despentes señala en varias ocasiones su educación judeocristiana, la impronta de la dicotomía cultural *santa-puta*. Como mujer víctima de violación, no parece sentirse libre para comprender el sexo como un fin en sí mismo y disfrutarlo:

Soy una chica, así que el territorio del sexo fuera de la pareja no me pertenece. La prostitución ocasional, con la posibilidad de elegir los clientes y el tipo de escenario, es también para una mujer una manera de echar un vistazo al lado del

sexo sin sentimientos, de experimentar, sin tener que pretender que lo hace por puro placer y sin esperar beneficios sociales colaterales. (Despentes, 2018, p. 83)

La autora, de nuevo, no cuestiona a los varones ni al sistema jerárquico patriarcal. En su interior, parece emerger la culpa heredada y los planteamientos en los que nuestra sexualidad tan solo es un medio. De hecho, piensa que todas utilizamos el sexo (dentro del matrimonio, la pareja o la prostitución) para conseguir parte del dinero de los hombres (Despentes, 2018, p. 88). Llama la atención que ni siquiera se plantee la posibilidad de que no *utilicemos* el sexo, sino que únicamente lo *disfrutemos*. En este sentido, el feminismo aboga por una sexualidad en la que prime el deseo por ambas partes, y no el consentimiento. Nuestra sexualidad como fin en sí mismo: para nosotras, para nuestro placer y nuestra felicidad. La resistencia y la impugnación de la violencia que impone el marco sexual patriarcal —y no la asunción de la inevitabilidad de esta— es lo que nos parece transgresor y liberador.

La autora, por el contrario, narra con fascinación cómo volvió a reconocerse como mujer sexual dentro de la prostitución, cómo descubrió que lo que podía vender a cada *cliente* “lo había guardado intacto. Si yo lo vendía diez veces seguidas, quería decir que aquello no se desgastaba con el uso (...) De nuevo, me encontraba en una situación de ultrafeminidad, pero esta vez yo sacaba un beneficio neto” (Despentes, 2018, p. 85). Más o menos conscientemente, Despentes busca probar que no le han robado su sexualidad ni su “valor” como mujer en la violación. Si siguen pagando por ella, es porque sigue atesorando ese valor. Estamos frente a una estrategia psicológica de falso control que no solo es inservible para las víctimas de violencia sexual —nuestro valor como seres humanos no nos lo dan los hombres que pagan por nosotras, así como no nos lo pueden quitar los que nos violaron— sino que, además, es injusta porque parece decirnos que, si no somos capaces de ignorar la violencia, de utilizar nuestro cuerpo y encajar en el rol que el patriarcado tiene reservado para nosotras, nos estaremos victimizando.

Esta prostitución por cuenta propia que dibuja Despentes (sin proxenetismo, ni sistemas de deudas, voluntaria y ocasional), no solo no es representativa, sino que es prácticamente inexistente más allá de su relato. Como feministas, tenemos que preguntarnos por qué Despentes afirma que “si tuviera que dar un consejo a una chavalita, le diría que (...) saque provecho de sus encantos en lugar de casarse, encerrarse, parir” (Despentes, 2018, pp. 89-90). Por una parte, encontramos legítima la crítica al matrimonio como lugar histórico de sometimiento para las mujeres. De

hecho, fueron las feministas radicales las primeras en criticar el matrimonio, al mismo tiempo que se oponían a la prostitución por considerar ambas instituciones formas de control y dominio del cuerpo de la mujer. Las opciones que propone la autora francesa no dejan de ceñirse a la dicotomía santa (casada) o puta (ahora renombrada “trabajadora sexual”) que el patriarcado ha creado para controlar a la mitad de la humanidad. Las feministas no queremos *elegir* entre dos opciones malas, sino que luchamos por tener otras posibilidades, todas las opciones posibles. Sugerir a una chavalita que, *si quiere*, venda sus “encantos” nos sitúa en el discurso proxeneta, ese que anima a las mujeres a sacar partido de sus *armas de mujer*, ahora renombrado como *capital erótico*.

LA ACTRIZ PORNO COMO NUEVA BRUJA

Despentes se presenta igualmente a favor de la pornografía, a la que le dedica un capítulo completo, bajo el sugerente nombre de “brujas porno”. La autora intenta convencer del carácter transgresor de la pornografía presentando a sus detractores como inquisidores y castradores de la sexualidad de las mujeres. Al sustituir la palabra actriz por *bruja* da a entender que son mujeres penalizadas por vivir su sexualidad fuera del mandato patriarcal. Una comparación que nos parece injusta y perversa. Injusta, puesto que las actrices porno no solo no son agentes de ninguna revolución sexual, ni se están rebelando contra ninguna autoridad: más bien son víctimas de una industria —creada por el sistema patriarcal y capitalista— que cosifica y mercantiliza su sexualidad. Perversa, porque la figura de la bruja ha sido —y continúa siendo— el símbolo de una mujer que se resiste a ser domesticada, que lucha contra la opresión; un potentísimo símbolo de mujer feminista con el que muchas empatizamos y que ha inspirado grandes obras y movimientos políticos.

Para la autora la pornografía no deja de ser un género cinematográfico y se muestra sorprendida y decepcionada ante las voces críticas por considerarlas hipócritas, moralistas o, incluso, poco inteligentes. Se refiere a esas estimaciones críticas en masculino, “los militantes antiporno”, obviando el hecho de que han sido las feministas las primeras en analizar y criticar la pornografía como una forma de violencia contra las mujeres que, en palabras de la teórica radical Andrea Dworkin (1981), “anima y promueve la violencia en contra de las mujeres como clase”. No sabemos si Despentes ignora sus aportaciones o las omite porque no logra articular un discurso teórico que pueda competir, en términos intelectuales, con los potentes postulados de Millet, Firestone, Dworkin, Pateman y otras. Sin embargo, destaca el

hecho de que nombre a autoras feministas como Wollstonecraft o Beauvoir, correspondientes a la primera y segunda ola del feminismo, pero después salte, directamente, a autoras *queer* como Laetitia, Butler o Preciado. Esto nos lleva a pensar que Despentes quizá no menciona a las pensadoras radicales con el fin de que las y los lectores —que bien pudiera ser que no conocieran sus teorías— identifiquen el discurso anti pornografía y anti prostitución con la iglesia, el pensamiento retrógado y, en definitiva, con los represores de la libertad sexual de las mujeres, obviando así toda una genealogía feminista que, como señala Ana de Miguel (2008, p. 130), marcó un antes y un después “con su giro epistemológico hacia el análisis de la esfera de lo privado y su nuevo concepto de lo político como toda área de la acción humana atravesada por relaciones de poder”.

Los censores, apunta —siguiendo con el masculino—, solo se preocupan de proteger la dignidad de la mujer cuando se trata de “limitar la expresión sexual” (Despentes, 2018, p. 110). El quid de la cuestión es que, para la autora, la violencia, si se da en el ámbito sexual, deja de ser violencia y se transforma en sexo. Y cuestionar el sexo, o más bien la política sexual, le resulta retrógado. Tal y como señala Alario (2021, p. 170), “la pornografía presenta un modelo de sexualidad patriarcal y, por tanto, dañino para las mujeres, no sexo explícito a secas”. Para las feministas, el problema de la pornografía no es que muestre imágenes sexuales, porque no hay nada malo en la sexualidad humana, sino la asociación sexo = violencia. De nuevo, Despentes desdeña o, directamente, ignora los análisis radicales que desde los años sesenta politizaron el modelo sexual patriarcal señalando que la violencia que mostraba la pornografía afectaba no solo a las mal llamadas *actrices* porno, sino a todas las mujeres, porque, como estudió Mackinnon y otras feministas críticas, no es sexo lo que vende la pornografía, sino género: jerarquía, desigualdad, dominación (masculina) y sometimiento (o consentimiento femenino).

Al igual que ocurre con la imagen de la *puta*, Despentes romantiza y ensalza la figura de la *actriz porno*, convertida en un ejemplo de mujer “liberada” que transgrede las normas sociales (Despentes, 2018, p. 116). No parece riguroso que hable de empoderamiento cuando las supervivientes de la industria han confesado no solo los abusos sufridos sino las devastadoras consecuencias físicas y psicológicas. *Follar* sin deseo, ser sometida a todo tipo de vejaciones y violencia no empodera, aunque se pague. La pornografía no es un tipo de cine sino, como señala Tiganus (2021, p. 109), “el marketing de la prostitución”. Es un producto pensado, creado, producido, comprado y difundido principalmente por hombres cuyo fin es enriquecerse y

mantener la jerarquía sexual. Las feministas afirmamos que la pornografía no es ficción porque lo que se ve en pantalla ocurre en la realidad: las penetraciones, los golpes, los ahogamientos o la violencia que nos muestran son reales. Lo único que sí que es una ficción es que las mujeres disfrutemos de esa violencia y del modelo de sexualidad patriarcal que representa.

CONCLUSIÓN: ESCRIBIR DESDE EL TRAUMA

Teoría King Kong ha ocupado un lugar predominante en el mercado enfocándose hacia un público objetivo de mujeres jóvenes. Si tenemos en cuenta que el 13,7% de las mujeres de más de dieciséis años en España ha sufrido alguna vez violencia sexual (Ministerio de Igualdad, 2019) y, por tanto, es bastante plausible que entre las lectoras de *Despentes* haya víctimas de algún tipo de violencia sexual, tenemos que subrayar las potenciales consecuencias perversas del texto. Especialmente si advertimos que, además, es probable que estas víctimas estén buscando herramientas —como hiciera la propia *Despentes* tras su violación— para entender y superar lo que les han hecho.

Despentes presenta como feminista un discurso que es perjudicial para las mujeres por dos motivos: como hemos visto, invita a superar el trauma a través de la mercantilización del cuerpo; y dos, esconde —no sabemos si intencionadamente o no— toda una genealogía feminista que teoriza sobre la violencia sexual y que sí ofrece una visión realmente transgresora de la sexualidad femenina. La autora —al menos en esta obra— no se aleja de los mandatos patriarcales en los que nuestra sexualidad es tan solo un medio para que los hombres obtengan placer, ya sea mediante la violencia o el consentimiento —que no el deseo— comprado. Tras una falsa idea de transgresión, *Teoría King Kong* esconde un mensaje útil al sistema capitalista y patriarcal al que, a priori, parece criticar.

En nuestra opinión, *Teoría King Kong* no es una obra feminista, sino un relato autobiográfico que ejemplifica cómo el trauma de la violación lleva a muchas víctimas a restablecer su autoestima e identidad, a buscar el empoderamiento desde el propio trauma y no después de haberlo sanado. En este sentido, nos aventuramos a decir que la autora, al no haber tratado el trauma de la violación, intenta rehuir de la condición de víctima que entiende solo desde el imaginario patriarcal: mujer indefensa, débil, pura y sin sexualidad previa ni futura con la que, obviamente, la autora no quiere ni puede reconocerse.

Pero el trauma no desaparece quitándole importancia a la violencia, asumiéndola como inevitable, sino liberándonos verdaderamente de la culpa y del estigma, colocándolos donde deben estar: en los victimarios. Normalizar la violencia contra las mujeres para escapar del rol de “víctima” no solo individualiza un problema político, alejándonos de la idea de poder colectivo, sino que sigue invisibilizando a quienes deben ser juzgados, a quienes tienen que cambiar no para poder llorar o performar la feminidad pintándose las uñas, sino para que sean nuestros dignos compañeros: ni los gorilas que nos secuestran, ni los héroes que nos salvan.

REFERENCIAS

- Alario, M. (2021). *Política sexual de la pornografía*. Cátedra.
- Barry, K. (1979). *La esclavitud sexual de la mujer*. La Sal.
- Ekis Ekman, K. (2017). *El ser y la mercancía*. Edicions Bellaterra.
- Brownmiller, S. (1981). *Contra nuestra voluntad*. Planeta.
- Despentes, V. (2018). *Teoría King Kong*. Penguin Random House.
- Dworkin, A. (1981). *Our Blood*. Perigee Books.
- Dworkin, A. (2016, 9 junio). La razón por la cual la pornografía importa a las feministas. *Culturamas*.
- Gimeno, B. (2017, 16 noviembre) ¿A quién estamos juzgando? *CTXT*.
- De Miguel, A. (2008). La violencia contra las mujeres. Tres momentos en la construcción del marco feminista de interpretación. *Isegoría*, 38, 129-137.
- López, T. (2018, 6 marzo). 7 libros para aprender a ser feminista y poder defenderte como tal. *El País*.
- Mackinnon, C. (1987). Sexuality. In *Toward a Feminist Theory of the State* (pp. 127-154). Cambridge, MA. Trad. Universidad de Chile.
- Marie Claire (2022, 30 marzo). 21 libros feministas que no te puedes perder. *Marie Claire*.
- Medina, M. (2020, 4 febrero). Entrevista. Camille Paglia: Gracias a los hombres, las mujeres tenemos lavadoras. *El confidencial*.
- Millet, K. (2018), *Política sexual*. Cátedra.
- Ministerio de Igualdad (2019). *Macroencuesta de Violencia contra la Mujer*. Gobierno de España.
- Puleo, A. (2011). *Ecofeminismo para otro mundo posible*. Cátedra.
- Rodríguez Magda, R.M. (2019). *La Mujer molesta. Feminismos postgénero y transidentidad sexual*. Ménades Editorial.

Tiganus, A. (2021). *La revuelta de las putas. De víctima a activista*. Ediciones B.

Valcárcel, A. (2020). *Ahora, feminismo. Cuestiones candentes y frentes abiertos*.
Cátedra.

